

Edipo, mito y realidad



GRISELDA REBELLA¹

DOI: 10.36496/N139.A8

REBELLA, G.; ORCID: [HTTPS://ORCID.ORG/0009-0004-9607-9354](https://orcid.org/0009-0004-9607-9354)

RECIBIDO: JULIO 2024 | ACEPTADO: AGOSTO 2024

RESUMEN

La autora intenta vincular los mitos narrados en la Antigüedad que han jalonado la historia del psicoanálisis, particularmente el de Edipo, con expresiones de la cultura de la época cuyas trazas marcan hoy un pensamiento cuestionador hacia sus lados vigentes, cuestionables, obsoletos o en transformación. Así como los bardos tomaban parte de la verdad del hecho y lo transformaban como argamasa en sus manos, llegando evolucionados acorde a cada época, hasta nuestros días, hoy no podemos hacer a un lado los cambios y transformaciones sucesivas en la configuración familiar con las familias adoptivas, monoparentales, gays, «recompuestas», etc., que nos exigen seguir investigando. ¿Sigue siendo el complejo de Edipo el nuclear de las neurosis? ¿Qué lugar le damos hoy a lo transgeneracional? ¿Dónde ubicamos la culpa freudiana?

Se plantea lo efímero de las verdades construidas que una y otra vez relanzan nuevos movimientos. Desde Freud, con las oscuridades acerca de las diferencias de vivencias edípicas entre géneros, hasta nuestros días, donde parece más adecuado hablar de funciones

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. griseldarebella2014@gmail.com

estructurantes, la autora toma conceptos de otros autores para pensar parcialmente algunas de las vicisitudes actuales acerca del tema.

DESCRIPTORES: MITO EDÍPICO / CULTURA / COMPLEJO
DE EDIPO / MITOLOGÍA / TRANSMISIÓN

SUMMARY

The author attempts to link the myths narrated in antiquity that have marked the history of psychoanalysis, particularly that of Oedipus, with expressions of the culture of the time whose traces mark today a questioning thought towards its current, questionable, obsolete and/or transforming sides. Just as the bards took part of the truth of the fact and transformed it as mortar in their hands, arriving evolved according to each epoch, until our days, today we cannot ignore the successive changes and transformations in the family configuration with adoptive, single-parent, gay, «recomposed» families, etc., that demand us to continue investigating. Is the Oedipus complex still the nuclear of neurosis? What place do we give today to the transgenerational? Where do we locate the Freudian guilt?

The ephemeral nature of the constructed truths that time and again relaunch new movements is raised. From Freud with the obscurities about the differences of oedipal experiences between genders, to our days where it seems more appropriate to speak of structuring functions, the author takes concepts from other authors, to think partially, some of the current vicissitudes about the subject.

KEYWORDS: OEDIPAL MYTH / CULTURE / OEDIPUS COMPLEX / MYTHOLOGY / TRANSMISSION

INTRODUCCIÓN

Escribir sobre la transmisión en psicoanálisis implica integrar nuestra propia condición de existir, desde ese entramado corporal y psíquico que conforma nuestra mente analizada. En el camino desbrozamos o hallamos una traza desprendida del tramado, denunciando eventualmente cierto desorden en él, y así, podremos, con cierta fortuna y pericia, construir nuevas significaciones en el terreno transferencial del análisis.

Acorde a mi predilección por antiguos y actuales temas en psicoanálisis, elijo hoy a mi viejo amigo Edipo, sin saber muy bien, al tomar su mano, si podré transmitir adónde querría llegar junto a él. Este personaje mitológico inspiró de tal modo a Freud que el «complejo de Edipo», concepto príncipes de su teoría, fue asimilado para dar cuenta de sus observaciones. Cabe consignar que ha generado debates y críticas en diferentes campos, interpelándonos en su vigencia y actualidad.

Freud utilizó el mito relatado por Sófocles en el año 429 a. C., para explicar lo que postuló como el complejo nodular de la neurosis. *Edipo rey* (Sófocles, trad. en 1971b) le permitió dar cuenta de la dinámica del deseo infantil y su papel fundamental en el desarrollo psicosexual y en la estructura psíquica, generando una revolución intelectual en su época en torno a la comprensión del psiquismo humano. En *Edipo en Colono*, Sófocles (trad. en 1981) se une a lo enigmático del destino de Edipo cuando describe su final, ya anciano y ciego, «muriendo» de forma misteriosa, así como Freud se maneja cuando describe el «sepultamiento» del complejo o nos dice que se «va al fundamento». Así, este personaje, como un animal ciego, castración que lo acerca a la mortalidad, se hunde descendiendo por una grieta (Sófocles, trad. en 1981) hacia las oscuridades del Hades, ni vivo, ni muerto, pero dejando huellas indelebles tras de sí. Solicitando que su tumba se mantenga oculta para siempre, es concordante metafóricamente con su estado de «vivo» entre nosotros, retornando una y otra vez en sueños, actos y discurso analítico.

EL MITO EN NUESTRA SOCIEDAD HOY

Tomando la pregunta formulada por Daniel Gil (2002) «¿No será que el complejo de Edipo es la organización fantasmática del deseo en la sociedad

patriarcal?», Alba Busto (abril-mayo de 2024) considera muy pertinente esta interrogante en relación con las nuevas formas de paternidad y maternidad, vinculadas estrechamente al lugar de la mujer en la sociedad y la importancia de la función de corte integrada en la madre y el padre. Las complejas y diferentes modalidades de ejercer las funciones simbólicas en las familias actuales en Occidente –sean reconstituidas, construidas por parejas gays o monoparentales– nos permiten cuestionarnos acerca de la declinación de la familia patriarcal.

Alba Busto nos recuerda que Daniel Gil ya se cuestionaba sobre cuál padre nos ha abandonado. Tal vez es momento de preguntarnos si es así y, si lo consideramos, postular si es el que ejerce una función el que declina. Parecería que en ese imaginario de familia construido es donde se aprecia el desfallecimiento de la figura y el rol paterno. Quizá está en vías de desaparecer para ser sustituida por otros modos de funcionar. Quizá son aspectos parciales de la figura del padre de la familia patriarcal, en su dimensión imaginaria, los que han decaído. Por lo tanto, podríamos decir eso también del padre real y simbólico (Lacan, 1958/2013), ya que están enlazados. Acompañan esta declinación los cambios socioculturales y el desarrollo de las teorías de género, así como los tecnológicos y políticos.

Estos movimientos hacen pensar en términos de funciones simbólicas en las que la figura del padre del drama edípico, así como del padre real, han dado paso a un funcionamiento simbólico en el que la ley puede ser encarnada por cualquier actor de la familia. Alba Busto se pregunta por qué llamar función «paterna» a la función simbólica, ya que la primera tiene connotaciones ideológicas patriarcales, y parecería que esa función, en tanto función, puede ser desempeñada también por otros. Sería más adecuado denominarla función tercera, como lo hace Leticia Gloser (2015).

El sostén, la terceridad y el «corte», como funciones que pueden ser transmitidas (o ejercidas) de forma compartida, alterna o estable, sin correspondencia con el sexo biológico ni con la edad, pueden desempeñarlas abuelos, tíos, hermanos u otros. Es importante que exista en el universo que rodea al niño –no solamente en el padre y la madre– la función simbólica de investidura y sostén, tanto como la de corte al deseo hacia el hijo. Esta mirada cuestionadora moviliza las estructuras edípicas que observamos hoy, sin desmontarlas, sino reacomodándolas.

PSICOANÁLISIS, MITO Y CULTURA

Edipo es un personaje mitológico que comete un crimen sin saberlo. ¿Es la intencionalidad un factor determinante para que la culpa recaiga interna o externamente sobre el ser humano? ¿Lo era 429 años antes de Cristo y lo es hoy, en 2024? En psicoanálisis, son las «intencionalidades» inconscientes las que tienen una fuerza que delimita el síntoma, la culpa y diferentes formas de expresarla al castigarnos. Edipo era un hijo adoptivo y, por lo tanto, sometido a las peculiaridades de lo «sabido» sin saber que se sabe, ya que quienes oficiaron como padres le transmitieron sin saberlo algo acerca de su origen. Padres que no lo son desde lo biológico es frecuente que se presenten y transmitan en la fantasmática familiar inconsciente cierta fragilización en torno a la proscripción del incesto. Poco queda de racionalidad y menos de intencionalidad en aquellas expresiones de deseos inconscientes que apenas podemos bordear en análisis. Sin embargo, muestran su impronta en la necesidad de castigo de algunos pacientes que denuncian en acto la intensa culpa albergada muchas veces sin palabras en torno a «pensamientos inconscientes». Al igual que le ocurre a Edipo, el dolor del reconocimiento del deseo erosiona el psiquismo desde la fantasía.

¿Qué es lo que llevó a Freud a inspirarse en ese personaje trágico? En 1900, sostiene que esta fábula es una reacción de la fantasía frente a los deseos incestuosos y parricidas del ser humano vividos con sentimientos de rechazo, «que la saga mostrará con todo el horror y el castigo autoinfligido que merece» (p. 272).

El 31 de mayo de 1897, Freud (1985) le escribe a Fliess acerca de un sueño con sentimientos hipertiernos hacia su hija Mathilde, que asocia con su deseo ambivalente de encontrar la causa de la histeria en la perversión del padre (p. 266). Debemos esperar al 21 de setiembre del mismo año, cuando escribirá la famosa carta de descreimiento en su neurótica (p. 283) para asistir a la instalación de la fantasía con intenso valor propio sobre la realidad fáctica, que luego conceptualizará en 1900 al descubrir las fantasías inconscientes. Pasarán algunos años hasta 1911, cuando sostenga que no debemos subestimar la fuerza de las fantasías en la formación de los síntomas bajo el pretexto de que no son reales, sugiriendo que manejarnos con ellas como con la moneda neurótica en ese territorio. Años después, en

Tótem y tabú (Freud, 1913/1993h), intentará dar un fundamento prehistórico al mito de Edipo, imaginando que un día existió el asesinato del padre de la horda primitiva por parte de los hijos y el banquete totémico que instaura una nueva estructura social basada en la culpabilidad. Distingue aquí el padre asesinado del padre muerto. Este último luego será equiparado con el padre simbólico, aquel que significa la ley. El concepto fundamental de la muerte del padre está muy presente en la clínica de la neurosis.

Freud (1900 [1899]/1993d) sostiene que «la saga de Edipo ha brotado de un material onírico primordial cuyo contenido es la penosa turbación de las relaciones con los padres por obra de las primeras mociones sexuales» (p. 272). Sófocles (en 1900 [1899]/1993d) ya le hizo decir a Yocasta que «son muchos los hombres que se han visto en sueños cohabitando con su madre; pero aquel para quien todo esto es nada, soporta sin pesadumbre la carga de la vida» (p. 272), mostrando la existencia de mociones pulsionales incestuosas que, surgiendo en sueños, han estado presentes desde tiempos ancestrales.

«Los sueños, sueños son», dice un paciente, Felipe, en sesión hace muy poco, frente a mi intento de vincular la mujer mayor sensual de su sueño con subrogados maternos. Los deseos edípicos inconscientes y prohibidos se expresaban en los sueños de Freud y de sus pacientes como basamento de las vivencias edípicas, generando efectos sublimatorios, como pudo ser escribir *La interpretación de los sueños* en reacción a la muerte de su padre.

Es sorprendente que, más de 429 años antes de Cristo, las fantasías hoy llamadas edípicas ya estuvieran presentes, aunque insertas en las peculiaridades de la Antigüedad y marcadas por las cegueras de cada cual para apreciar lo insondable, represión mediante.

Hoy, en la era de la inteligencia artificial, ¿los analistas seguimos pensando el Edipo como el complejo nuclear de la neurosis? ¿Cuáles son nuestras peculiaridades?

Los complejos son estructurantes, el ser individual carga con marcas de la historia de la humanidad sin saberlo, al modo de oráculos y predicciones. Para Freud, algo insistirá siempre en el acervo cultural del ser humano, cuestión que lo llevará a decirle a Juanito (Freud, 1909/1996) que, antes de venir él, ya sabía que iba a nacer un niño que repetiría «sin conocerlo» el drama edípico. La forma en la que Freud pensaba la manifestación de

estos aspectos tal vez no era con las características con las que Sófocles o nosotros hoy las observamos. Edipo huye frente a la predicción del oráculo de que mataría al padre y copularía con la madre, aunque le han enseñado que no puede y no debe enfrentarse a los designios de los dioses que se expresan por medio de pitonisas, sacerdotisas y sacerdotes en determinados sitios sagrados, llamados oráculos. ¿Edipo huye porque teme el desborde de los empujes pulsionales? ¿Nadie podrá impedir, llegado el momento, ni ponerle coto al deseo incestuoso y parricida? Los dioses construidos por proyección de los propios deseos del hombre marcan con su oráculo el derrotero del deseo que conduce al acto prohibido. ¿Ese es el hombre del 429 a. C.? Un hombre criado en la convicción de que su vida es escrita por otro (las parcas) y que no podrá oponerse a sus dictámenes, intenta huir, esconderse, con la esperanza de no ser encontrado por su destino allí donde esté. Pero, ya lo decía Freud: de nuestras mociones pulsionales no es posible la huida.

Lo que no es discernible, lo incognoscible para todos, los impulsos que ciegan son parte de esa transmisión inconsciente de los pueblos. El ser humano es un ser social, y de generación en generación ha transmitido inadvertidamente su bagaje cultural inconsciente desde antes de las sagas de los antiguos poetas trágicos, cuando se reunía frente a las hogueras de las tribus.

La ceguera es, para el hombre antiguo, un castigo –asimilado a una maldición–, recurso muy usado en lo concreto y en lo simbólico en los mitos griegos, frente a la ira, la ofensa o falta a las leyes de los dioses, en una cultura donde el dominio de las pulsiones por la razón era una aspiración dominante. Así, Edipo se ciega a sí mismo y se exilia acompañado de sus hijas, luego de descubrir la verdad de su condición. El castigo de la ceguera a la vez también es simbólico, «se le ciega porque, teniendo ojos y vista, no ha sido capaz de ver la verdad, en tanto que el ciego Tiresias la ha expresado bien, porque veía con ojos y con la verdad del dios» (Sófocles, trad en 1971b, p. 79). La verdad que vale, y desde donde hay que aspirar a «ver» «bien», para el griego antiguo es la del Otro, la del dios. Hoy, en sesión, la ceguera es resistencia, aquella con la que paciente y analista luchan juntos para acercar luz a las «verdades» inconscientes que obstaculizan su subjetivación.

Para el hombre de la Antigüedad, lo esencial no era lo que los ojos veían, sino lo que se discernía con el «alma» acerca de una verdad escrita por otros. En contraste, Peter Sloterdijk (2005/2007), filósofo alemán, describe al hombre de hoy como dominado por lo tangible y lo concreto, primacía que nos deja ciegos para otros sectores de la vida interior.

Felipe llega con su presentación adolescente y su tablet, mostrándomela con un gesto de «hoy toca juegos toda la sesión», y frente a mis interpretaciones, que intentan no dejarme excluir como agente tercerizador y simbólico, me responde con un gesto de la mano: «Alto». Insisto de otra manera, diciendo «¿Cuándo me toca a mí?». Felipe dice: «Nunca te toca a vos. La única que toca mi tablet es Mimí» (su novia). Surge entre los dos un gesto cómplice y risueño que reconoce en su discurso la prohibición oscilante acorde a su edad, la sexualidad y necesidad narcisista de retraerse. Junto con la exclusión, perviven el *Mimí* posesivo del *mi-mía* y cierto reconocimiento del otro y sus lugares esbozados en transferencia. Tocando los juegos sexuales de tocar-se y dejar tocar a Mimí, a mamá, a la analista, surge la exclusión de las figuras prohibidas, a las que hay que limitar con un *no* claro y estructurante. El caso de Felipe permite sostener que el Edipo sigue siendo hoy el complejo nodular de las neurosis, coexistiendo con otras circunstancias clínicas que muestran diferencias y otras peculiaridades de la historia individual y cultural del hipermodernismo (Lipovetsky, 2006) que debemos seguir investigando. En términos teóricos, cuando en el universo del niño no está asentado con fuerza en la transmisión concomitante y las funciones se desdibujan en exceso, los aspectos no neuróticos ocupan mucho espacio y la estructura psíquica muestra las carencias de lo que Lacan llamó el «nombre del padre», pensado como una metáfora sustituyente que hace a una marca que implica corte al vínculo fusional dual con el Otro, renuncia, prohibición, presencia-ausencia y sostén subjetivante que determina las vicisitudes de la estructuración psíquica.

Desde siempre, el hombre se ha visto sujetado a nuevas-vejas historias subjetivas y transubjetivas. El Otro «escribe» nuestra historia, pero es cada uno, con sus características propias –evocando también las series complementarias freudianas–, quien podrá acuñar lo suyo o no. En el mundo de Edipo, él, descendiente de Cadmo, es un hombre frágil ante el poder del Destino, que es la figura más poderosa de la mitología griega.

Representado por la tres parcas hijas de Zeus (Cloto, hilandera de las hebras de la vida; Láquesis, que decidía la longitud de estas, y Átropos, quien las cortaba), juega con los mortales y los dioses, sometiéndolos a glorias y miserias acordes a un orden y un equilibrio que rige la vida y predetermina el momento de su fin y sus verdades. Es un hombre marioneta extranjero de su propio destino e impotente frente al poder del Otro. Hoy hay autores que, tomando lo transgeneracional, rememoran estos aspectos en su concepción de lo psíquico y el lugar del Otro.

EDIPO, EL MITO

Esquilo (525-456 a. C.), Sófocles (¿496?-¿406? a. C.) y Eurípides (¿480?-406 a. C.), los tres más grandes trágicos griegos, muestran a Edipo como un antihéroe, que nace signado por una condena transgeneracional, así como todos los seres humanos ocupamos un nido preformado por las expectativas e ideales de nuestros padres y antecesores, parte de la cultura que nos acoge. Cuenta la leyenda que, frente al designio del oráculo que determina que el destino de su padre, Layo, rey de Tebas, era ser muerto por cualquier hijo que naciera de él y Yocasta, estos reaccionan exigiendo la muerte del hijo. Condenan al bebé a ser expuesto en el monte Citerón atado por los pies, causa de su nombre: *Edipo*, «pies hinchados». El niño sobrevive y es entregado, por intermedio de un pastor que lo encuentra, a los reyes de Corinto: Pólipo y Mérope, quienes lo crían. Siendo jovencito, en un banquete un ebrio le dice que es adoptado, y él, desconfiado, consulta el oráculo de Delfos, donde Apolo le devela su futuro: sería el asesino del padre que lo engendró y se uniría a su madre teniendo una intolerable descendencia. Huyendo de Corinto y de quienes creía que eran sus padres, intenta evitar cumplir ese destino. Se encuentra en un cruce de caminos con un hombre rico y mayor que no quiere cederle el paso, y lo mata, sin saber que era Layo, su padre. Luego llega ante las puertas de Tebas, donde una esfinge asesinaba a todo aquel que no respondiera un acertijo. Edipo resuelve el enigma planteado por la esfinge respondiendo «el hombre» a «¿Cuál es el animal que tiene cuatro pies a la mañana, dos al mediodía y tres a la tarde?». La esfinge se arroja por un barranco y muere. Los ciudadanos, agradecidos, le ofrecen a Edipo el trono de Tebas y a la

reina Yocasta en matrimonio. Así, Edipo termina, sin saberlo, cumpliendo su terrible destino: mata al padre y copula con su madre, y tiene cuatro hijos-hermanos. La diosa Hera había enviado a la esfinge para castigar el pecado de Layo, quien, siendo adolescente, según una leyenda, habría transgredido la ley de la hospitalidad al provocar el suicidio de Crisipo, hijo del rey Pélope, quien lo alojara en su palacio de Élida luego de la muerte de su padre, Lábdaco. Años después, frente a la peste que asola Tebas, será el ciego y adivino Tiresias quien revele la verdad exigida por Edipo: él es el responsable del castigo de la peste enviada por Apolo y el asesino de su padre. Yocasta se suicida ahorcándose, forma de suicidio propia de los impíos. Edipo, envuelto en su dolor, se clava los broches del vestido de su esposa-madre muerta en los ojos, y se ciega. Expresa su dolor metaforizando su ceguera cuando veía y cuánto la verdad lo «ciega», mientras el ciego Tiresias podía ver sin ojos. Luego abandonará Tebas, exiliado.

CULPA Y CULTURA

La culpa para los antiguos griegos se hereda, las maldiciones se contagian y los comienzos se desdibujan. Para Civita (1974), la culpa de Edipo va más allá de su propia consciencia, siendo vinculada a un concepto de «una enfermedad, que se adquiere sin el concurso de la voluntad individual [...] la culpa puede alcanzar a manchar a quien nada hizo por contraerla» (p. 547). Layo y Yocasta para asegurar la vida del padre condenan al hijo, creyendo que así esquivan los dictámenes del oráculo. Sófocles, fiel representante del pensamiento de la época, consigna un Edipo que, al igual que sus padres, aun sabiendo que no es posible oponerse a los dioses, lo ha intentado y actuado desmintiendo lo que es «sabido» de alguna manera, fracasando. Por transgredir la prohibición de Apolo al engendrarlo, la pena de los dioses será la muerte al padre e incesto con la madre. La culpa de Edipo no tiene intencionalidad, sino desconocimiento de su destino, carencia de dominio sobre sus orígenes y su herencia. Para un psicoanalista, la intencionalidad no es lo prioritario, sino la realidad psíquica y sus propios derroteros. El pensamiento tiene connotaciones de realización mágica en sus sectores más primitivos y la

culpa por deseos prohibidos tiene fuerza sintomática determinante para la clínica psicoanalítica. Freud (1930 [1929]/1988) vincula la culpa a las normas y leyes de una sociedad que, para imponer el orden y reprimir los deseos pulsionales, se manifiesta como un malestar generalizado. En psicoanálisis sabemos del Otro que describe quiénes somos desde antes de nacer y del devenir de la historia propia que hará su labor subjetivante de allí en más. El hombre griego antiguo aspiraba al autoconocimiento y al conocimiento de los orígenes, pero siempre habrá una traza prohibida, al saber y al obrar, ayer y hoy. La condena de Edipo se labra entre la soberbia de querer saber lo que se esconde reprimido en el fondo de cada ser: los deseos parricidas e incestuosos, y el tratar de luchar contra los designios de los dioses-Otro-cultura tercerizadora.

DE LINAJES Y CULPAS

¿Cuándo fue escrito el destino de Edipo? Se ha popularizado la versión de que todo dio comienzo en los amores homosexuales entre su padre Layo y Crisipo, que por su causa se suicida. Según otras versiones, fue mucho antes.

Según la época y la región que los bardos visitaban cantando la saga y la historia de Edipo, las letras se modificaban. La versión en la que la homosexualidad era causa de tanta vergüenza para los griegos que conduciría al suicidio parece haberse agregado posteriormente al mito. En la Grecia antigua, ciertas formas de relaciones entre personas del mismo sexo eran socialmente aceptadas, a veces hasta fomentadas, pero con el tiempo, especialmente con la llegada del cristianismo y la moral cristiana que comenzó a influir fuertemente en las sociedades, y las leyes del Imperio Romano en especial, se comenzó a considerar la homosexualidad como inmoral. Este cambio se consolidó en la Edad Media en Europa, donde las leyes civiles y eclesiásticas la condenaban, lo que influyó en las actitudes sociales, legales y la escritura de la época, que fue acompañando estos cambios.

Como nos acercamos a los mitos de la Antigüedad a través de relatos orales transformados de región en región, y luego en diferentes escrituras, tenemos varias versiones. Según ellas, el amor homosexual entre Layo y Crisipo fue consensuado, y en otras, no, pero lo importante es que Crisipo

se suicida en la mayoría de ellas, y este hecho deja a Pélops y el pueblo de Élida sin heredero, cuestión fundamental para la época. Por esta razón, Pélope maldice a Layo y su descendencia (Civita, 1974). Según Sófocles, la fuerza de la maldición solo puede provenir de los dioses-padres-cultura, quienes tercerizan, acompañando o no las maldiciones humanas. Acorde al «pecado», la pena: Layo no deberá engendrar hijos, y si engendra un hijo, este lo matará y se unirá a su madre, teniendo una descendencia maldita. Realizará los deseos prohibidos infantiles, permitidos solo en sueños, y pagará el precio. Dice Esquilo (trad. en 1973), refiriéndose a Layo: «Por tres veces habíales advertido Apolo desde aquella ara de Pitia, centro de la tierra, que muriese sin hijos si quería ver salva a la ciudad» (p. 127). La prohibición preexiste a Edipo. Siguiendo a Freud, podemos pensar al dios como representante del gran padre prohibidor, que luego remitirá al padre de la horda primitiva, aquel que solo al morir constituye ley simbólica. Representante de una cultura que teje su urdimbre transgeneracional como en todas las épocas.

Según Civita (1974), la maldición del padre que pierde a su hijo heredero se une a otra anterior, celestial, que este autor describe muy bien: «en los infiernos el alma de Pélops se regocija: la maldición que cayera sobre la estirpe de Harmonía, madre de Lábdaco, aumentada por la suya propia, sigue su camino» (p. 553). Entretejida en transmisiones transgeneracionales, surge alguien: Harmonía. ¿Quién era esta mujer? ¿Cuál es la maldición que cayera sobre Harmonía y su estirpe? Parece ser anterior a la de Pélope, pero se vería «aumentada» por esta. ¿Qué maldición, entonces, uniría a dioses y humanos? Debemos consignar diferentes niveles de trazas psíquicas. Para Sófocles, la genealogía de los cadmeos se completa así: Cadmo junto con Harmonía dan lugar a una descendencia que culmina con los hijos de Edipo, que mueren sin descendencia. Harmonía es la hija de dos dioses, Ares y Afrodita, diosa del amor, quien ha sido infiel a su esposo Hefesto con el dios de la guerra impulsiva (Sófocles, trad. en 1971b). Narra Civita que Hefesto (el dios del fuego, hijo de la diosa Hera), ofendido por la infidelidad de su esposa Afrodita con Ares, lanza una maldición sobre la hija de la infidelidad, Harmonía, y sus descendientes, que vehiculiza en un collar que fuera obsequiado a la joven en su boda con Cadmo, el fundador de Tebas. Harmonía sería tatarabuela de Edipo. Según Roberto Calasso (1988/1994),

en las nupcias de Cadmo y Harmonía, Afrodita donó a la esposa un collar que, al pasar de mano en mano, fomentará todo tipo de desventuras, entre otras la matanza de los Epígonos² al pie de los muros de Tebas. (p. 383)

El mito de la maldición se remonta entonces hasta varias generaciones anteriores al padre de Edipo, Layo, que ya nace marcado por los odios y deseos del Otro. En el centro de la historia hay otro nivel de conflicto diferente al de un amor prohibido entre dos hombres: la pérdida... el límite de la castración (lo más cerca que podemos imaginarizarnos de la muerte), ilusión de perpetuación en nuestros descendientes, cimbrada frente a la alteridad del otro.

Todas las versiones de nuestros mitos son verdaderas, expresando diversos niveles de nuestras fantasías, sin descartar ninguna. Las verdades construidas son efímeras, aprehendemos una para relanzarla y seguir construyendo, cual agua que se escapa entre los dedos de los mitos, de los discursos analíticos y de los encuentros en transferencia.

Así como los bardos tomaban parte de la verdad del hecho y lo transformaban como argamasa en sus manos, uniendo con aspectos fundamentales del pensamiento antiguo que le da forma, y llega, evolucionado, acorde a cada época, hasta nuestros días, hoy no podemos hacer a un lado los cambios que menciona Benhaim (2008) cuando habla sobre el complejo fraterno. Las transformaciones sucesivas en la configuración familiar con las familias adoptivas, monoparentales, gays, «recompuestas», etc., nos exigen seguir investigando.

RECORRIDO FREUDIANO HACIA NUESTROS DÍAS

La existencia del complejo de Edipo desde Freud fue establecida entre el verano y otoño de 1897, según consta en sus cartas a Fliess del 31 de mayo de 1897 y las siguientes (Freud, 1985), cuestión que fortaleció la concepción

2 Los epígonos o «descendientes» fueron héroes hijos de los siete originales que marcharon contra Tebas para reinstalar a Polinices, uno de los hijos de Edipo, en el trono, en contra de Eteocles. Luego de que los padres fallaran muriendo en la contienda, incluidos los hijos de Edipo, los hijos de los siete originarios hicieron una segunda campaña contra Tebas que fue exitosa. Hijos continuadores del deseo de los padres, pueblan la historia de la humanidad.

de las raíces de los deseos inconscientes. Será en 1900 cuando Freud establecerá que el amor del niño hacia el progenitor del otro sexo y el odio al del mismo sexo diferencia a los niños que desarrollarán una psiconeurosis de los que no lo harán, por su intensidad. Y allí tomará la saga de *Edipo rey* de Sófocles para validar universalmente la hipótesis de este complejo en la psicología infantil (p. 270). El material de la obra conmovió tanto al hombre antiguo como al moderno porque el destino de Edipo pudo haber sido el nuestro, ya que «antes de que nació el oráculo fulminó sobre nosotros esa misma maldición» (p. 270). Será la represión, a menos que nos volvamos psiconeuróticos, la que nos rescatará de nuestras pulsiones sexuales hacia nuestra madre y nos hará olvidar los celos hacia nuestro padre. Preferimos ignorar los deseos e inclinaciones incestuosas, que pueden ser permitidos al soñante y que el hombre moderno hoy relata en las sesiones de análisis.

Luego, en 1905, en *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud ubica en la fase fálica de desarrollo sexual el surgimiento de los deseos incestuosos hacia el progenitor del sexo opuesto y la hostilidad hacia el del mismo sexo. Aquí esboza una diferencia entre niñas y varones, que no alcanza para nosotros si mantenemos una concepción de funciones independiente del género.

Eventualmente, para Freud, el varón se identificará con el padre, resignando sus aspiraciones edípicas ante la amenaza de castración. Internalizará sus normas y valores, lo cual es fundamental para el desarrollo del superyó freudiano. Las niñas, dice Freud, se vuelven hacia su padre al descubrir la falta del pene, envidiándolo y sustituyéndolo por el pedido de un hijo al padre. La prohibición es doble: madre, no reintegrarás tu producto, y el hijo no se acostará con su madre. Se perfila la incorporación de las prohibiciones edípicas en la mente de la madre, quien tiene la potestad de hacer participar al padre como tercero, más allá de su presencia corpórea, sustentando su lugar como funciones simbólicas.

En 1908, en *Sobre las teorías sexuales infantiles*, cuando Freud habla de la construcción de falsas teorías infantiles que «el estado de su propia sexualidad le impone» (p. 191), nos introduce en la desconfianza del niño hacia teorías creadas por los adultos, ya que su observación de los animales y personas lo hace descreer de los adultos, generándose simultáneamente un conflicto, hasta una «escisión psíquica», ya que para ser «bueno» debe

dejar de reflexionar y sofocar las propias pruebas de su trabajo de «investigación». El niño percibe que para los adultos en los orígenes hay algo prohibido, un secreto que muchas veces replican en sus juegos. Él también reprimirá sus tempranos discernimientos y los sostendrá en secreto, «olvidados». Se construye falsas teorías. Son algunas: todos los seres humanos tienen pene –cuestión que demora el descubrimiento de la vagina–, el parto por el ano y el coito sádico. Se constituye así lo que, en este artículo por primera vez, Freud llama «complejo nuclear de la neurosis», expresión de connotación más amplia que la que en 1919 publicará por primera vez como «complejo de Edipo». Toma entonces las fantasías internas, que sostienen todo un funcionar cultural y transgeneracional, adecuado a cada época y lugar.

En 1909 Freud viaja a la Clark University en Massachussets para dar cinco conferencias que se publicaron en 1910. En la cuarta de ellas, Freud plantea la fragilidad del niño frente a los deseos parentales que se inclinan hacia el hijo o hija, generando efectos en estos. El complejo aquí llamado «nuclear» de toda neurosis está destinado a una pronta represión, que actuará como barrera del incesto para los deseos infantiles. Será posteriormente que Freud (1924/1993c) mostrará un destino más radical para el Edipo que la represión: «sepultamiento», «demolición», «disolución», «se va al fundamento» (p. 181).

En el mismo año de 1910, unos meses después, en *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre*, por primera vez Freud escribe acerca de «caer bajo el imperio del Complejo de Edipo» (p. 164). Allí trata de poner las «condiciones de amor» implicadas en las elecciones de objeto de los varones en relación con las antiguas marcas de amor y odio. En la pubertad se despiertan las huellas mnémicas de sus deseos infantiles (reedición edípica), volviendo a anhelar a su propia madre y nuevamente odiando al padre como competidor, viviendo a la madre como infiel, ya que le ha dado al padre lo que él anhela de ella. El nacimiento de un hijo siempre está teñido de fantasías cuya raíz inconsciente se encuentra en ese tiempo donde el pequeño Edipo carga con las peripecias de las historias escritas en su línea de filiación. El complejo solo será tal si el tercero ingresa para triangular, allí donde la ley actúa desde un lugar tercero entre la madre y su hijo.

Será en 1913, en *Tótem y tabú*, donde Freud extenderá la aplicación del complejo de Edipo más allá del ámbito individual, como fundamento de la cultura y la sociedad. Debemos visitar las manifestaciones edípicas de nuestros niños para reformular permanentemente vivencias, escuchando la clínica con sus expresiones propias y modificaciones que muestran o no su vigencia.

Anita es una niña de cuatro años cuyo padre es nieto de abuelos que se conocieron en un grupo de apoyo a padres que perdieron a sus hijos, y al nacer él lo sobreprotegeron con excesos patológicos. Este lo repite, sin darse cuenta, con Anita, temeroso de su muerte. Su madre, extranjera y con sus propios duelos por su historia de desarraigo, a duras penas puede limitarlo. Anita en las primeras sesiones de análisis expulsa al muñeco papá del «cuarto», pegándole y gritándole «¡Fuera!» mientras lo tira contra la pared, al «castillo negro», para quedarse acostada cariñosamente con «mamá». Luego hará lo mismo con la muñeca que representa a la madre, mientras la pequeña muñequita se acuesta «tapada» con el papá y le da besos. Muestra así no solo la vigencia del complejo de Edipo en su vertiente positiva y negativa, sino la actualidad de sus deseos y odios inconscientes y transgeneracionales, expresados en el juego, esperando a la escucha de la analista para nominar, compartir sus vivencias y procesarlas en transferencia.

Freud sostiene que la prohibición del incesto es una respuesta colectiva a los deseos edípicos reprimidos, elementos que son cruciales para el mantenimiento del orden social, los «comienzos de religión, eticidad, sociedad y arte» (p. 158), postulando el complejo como el núcleo de todas las neurosis. Toma lo transgeneracional, imaginando que la culpa se funda en un hecho real prehistórico de asesinato y devoración del padre de la horda primitiva, que podría haber ocurrido o no. No descarta la fuerza de la realidad psíquica de cuando escribió *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*, en 1911, sino que el hecho podría ser una fantasía con la misma fuerza de una realidad. El hombre primitivo identificaba al tótem con su antepasado o padre primordial, y los dos preceptos tabúes serían: no matar al tótem y no copular con las mujeres de él. En esta identificación se ubicarían, entonces, los dos crímenes de Edipo, que a su vez coinciden con los deseos del niño, cuya

represión insuficiente constituiría el núcleo de todas las psiconeurosis (p 134), y que se transmiten de generación en generación como una «maldición» heredada. El sacrificio totémico hace a los hijos reconciliarse con el padre y a la vez presentifica el triunfo sobre él e instala la ley. Esta ambivalencia hacia el padre se desplaza hacia el tótem. La culpa que generan los deseos inconscientes puede volverse estímulo para la sublimación de la ambivalencia y el duelo u otra cosa. En psicoanálisis, dos más dos no siempre son cuatro.

En el año 1924, en *El sepultamiento del complejo de Edipo*, Freud introduce puntos que ampliará un año después, en 1925, en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. Dice que, si bien el complejo de Edipo caerá «sepultado» bajo la represión, hay diferencias entre el niño y la niña que antes no habían sido tomadas en cuenta. Lo atribuye a que en la niña «falta el motivo para la demolición del complejo de Edipo» (Freud, 1924/1993c, p. 276), ya que la castración que hace que el complejo de Edipo en el varón zozobre, a la mujer la impulsa hacia él. Sus objetos son incorporados al yo, donde conforman el núcleo del superyó, que es su heredero, y ocupan su lugar.

Freud conservará hasta el final muchas oscuridades en sus postulaciones acerca de las diferencias entre las vivencias edípicas en el niño y la niña. Él apostaba a unir aportes clínicos de manera de corroborar universalmente los «descubrimientos hechos en apenas un puñado de casos» (p. 276).

Siguiendo la línea de un sujeto marcado por la cultura y los aspectos transgeneracionales, evocamos a Massimo Recalcati (2020), quien desarrolla una metáfora interesante. El antiguo esclavo- mensajero llevaba mensajes que se le escribían en la nuca rasurada, de manera de que no pudiera leerlos. No sin ayuda del otro. Él nos dice que cada hijo lleva escrito en su nuca las huellas ilegibles del Otro: sentencias, maldiciones, auspicios, esperanzas, deseos y alegrías de nuestros padres. Pero nunca logramos leer con claridad ni descifrar totalmente la escritura. Las «culpas» de los padres dejan su sombra de repetición en los hijos. Al igual que Edipo, cada uno de nosotros tiene varios dioses Apolos que sentencian el destino de nuestras vidas, dice citando a J. P. Sartre. Desde la elección de nuestro nombre, el Otro nos fabrica con el poder de su palabra, nos dice Recalcati. Él examina

cuatro figuras de hijo: el hijo Edipo, el hijo anti-Edipo, el hijo Narciso y el hijo Telémaco (Recalcati, 2013). Define allí la era del psicoanálisis del hijo Edipo como un tiempo en el que en primer plano se encuentra la lucha y el conflicto generacional, el choque entre dos concepciones diferentes del mundo, el rechazo a ser hijos y a la herencia concomitante, que en este caso es una herencia de culpa y de pecado. El hijo anti-Edipo ha opuesto la ley a su deseo. El hijo Narciso define la indiscriminación padre-hijo. El hijo Telémaco (hijo de Odiseo) es el que sabe serlo sin renunciar a sus propios deseos.

Recuerda Recalcati que Edipo crece sin saber de sus orígenes plenos de abandono y que la lucha que no reconoce la diferencia generacional termina en muerte al no ceder ninguno de los dos el paso primero al otro. Edipo se expone al encuentro traumático con la ley de la castración que impone renunciar a la «cosa materna» y que sin saberlo ha transgredido. Recién cuando se permite ser penetrado por las palabras del otro, recibe la transmisión del saber de Tiresias, quien habla de su linaje, de su incesto y parricidio. Su propia ley lo condena. Es una verdad que lastima y lo ubica entre el deseo de ver y de no ver, que culmina en el exilio. ¿Leyes que llegan tarde? Así lo define Recalcati, en una época del conflicto entre generaciones. La ley simbólica del padre sustituye le ley materna. Layo exige el derecho de precedencia que no es reconocido por Edipo, la nueva generación, obstruyendo su deseo de libertad. Recalcati se pregunta si hoy es suficiente este paradigma para analizar la relación padre-hijos, cuando apreciamos la confusión generacional y la alteración en el proceso de filiación simbólico. Edipo no cede su paso al viejo. Rompe con el esquema de la época, en el que el viejo era el sabio. Ya Julio Moreno en su libro *La infancia y sus bordes* consigna ese derrumbe de los saberes del padre, del abuelo, que antaño fueron el Google de nuestra época. El tema debe ser pensado en el contexto de los cambios epocales. De una comunicación personal con Nadal Vallespir se desprende que si bien entre los temas inherentes al ser humano, destacan Edipo y castración, deseo, muerte y narcisismo, que son parte de todos, al mismo tiempo somos enormemente diferentes por la vivencia con las que se transitan los conflictos en las diferentes épocas. El conflicto de Edipo enfrenta al horror de un no saber cómo ser hijo de su esposa ni cómo ser padre de sus propios hermanos.

Hoy, en un aspecto inconsciente, coincidiría con algunos de nuestros jóvenes: la falta de confianza y esperanza en sus recursos internos para dominar las pulsiones. El acto se antepone al pensamiento y lleva a intentos de huida que pueden responder a cómo hoy la clínica se puebla de niños atrapados en la imagen de los juegos *on line* y sus brillantes pantallas que, de simples entretenimientos, para algunos se han vuelto pulpos que les impiden pensar. La huida al mundo virtual permite desmentir la castración, la existencia de la muerte y la pérdida que apenas se esboza para desaparecer en milésimas de segundos, obstaculizando el crecimiento y el duelo. El pulpo expone sus tentáculos fálicos y, al mismo tiempo, en su multiplicación patentiza más aun la «falta».

Hoy es el tiempo de repensarnos a la luz de las complejidades de la actualidad, cuando los lugares se han desenclavado de allí donde eran hace siglos. Recalcati dice que Edipo niega su condición de hijo tal como el padre negó su condición de padre. ¿Cuál padre? ¿Pólipo, Layo? En estos tiempos, ¿asistimos al aflojamiento del apropiamiento de los lugares y/o al endiosamiento de la juventud?

El neurótico freudiano, marcado por el complejo paradigma de la neurosis, reclama no haber recibido del Otro lo que le correspondía por derecho. Quizá como Narciso, siendo incapaz tanto de dar como de recibir, se paraliza en el encuentro cruzando caminos. Aceptar estar en deuda con el otro implica aceptar la condición de hijo, la ambivalencia y los dones del otro, que lo colocan en una posición envidiable y a la vez temida. Freud consigna en *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre* (1910/1993g) el devolver lo que se debe con un sentido posible de evitar deber más. Pienso que aceptar la deuda y agradecer es un camino hacia la salud psíquica. Para Recalcati, desde el paradigma del hijo Edipo hemos transcurrido hasta el hijo anti-Edipo, dirigiéndonos hacia el hijo Narciso, para el que la especularidad narcisista ha sustituido al conflicto de la diferencia generacional, imponiendo a los padres la arbitraria ley de su capricho. El narcisismo de los hijos es muy dependiente del de los padres y de sus posibilidades de la transmisión del deseo, acto psíquico este imprescindible, ineludible y que nos define como seres subjetivados en una línea genealógica enhebrada en eslabones que atrapan parte de la cultura familiar, individual y social.

Edipo va junto con Narciso, para quien el otro es un reflejo de él, que enamora (Recalcati, 2022). Narciso, ese hombre que se basta a sí mismo, debe dejar lugar al otro como otro para no morir ahogado, y Edipo debe propiciar una mirada sobre el otro como otro para que la prohibición del incesto se establezca. Recalcati habla de una hipertrofia del yo que cancela toda dependencia y deuda con el Otro. Si Narciso desconoce la otredad y el amor que expone a lo disímil, el otro es una parte mía, engolfado en un yo extendido.

Si el otro es tomado como alguien que eventualmente no piensa ni necesita ni desea lo mismo que yo, lo reconozco en su alteridad y pierdo la posibilidad de verme como dueño de él, dejándome atravesar por la prohibición que indica lo que se puede hacer o no con el otro. Edipo puede castigarse, sentir culpa, porque hubo funciones y padres que las sostuvieron, recibiendo una inscripción simbólica que lo define como neurótico. Todos los aspectos transgeneracionales que «escucha» el analista son importantes.

Pablo es un niño de cinco años, hijo adoptivo de Juan y Roberto. Ellos consultan porque sienten que «les cuesta ser madres», que son muy aprensivos con el niño, y suponen que esto tiene que ver con que Pablo no se integre fácilmente con los pares. Juan es nieto de emigrantes italianos, tan nostálgicos que criaron al padre de Juan con la idea permanente de volverse a Italia, lo que este concretó tras divorciarse de la madre de Juan, quien aceptó que el hijo, que era muy pequeño, se fuera también, y así el niño mantuvo muy poco contacto con su madre. Roberto es hijo de una madre que murió cuando él tenía tres años; el padre se mudó de país con sus hijos, y al poco tiempo volvió a casarse, con una mujer afectuosa pero muy invasiva con los niños. Siendo adulto, Roberto conoce a Juan durante un viaje de trabajo, y luego adoptaron a Pablo. El pequeño en sesión juega a que va en un ómnibus conducido por un muñequito que representa a «papá», que atropella plantas y árboles, mientras grita «Rrrrrrooooo» como sonido de motor. Cuando el auto choca, viene muy enojado el otro muñequito papá, que les rezonga a ambos y manda al niño a dormir para «charlar los grandes». La historia transgeneracional de pérdidas dolorosas marca el terreno familiar y a cada uno de manera diferente, enlazando culpas, prohibiciones edípicas y narcisistas de manera peculiar, como en el caso de Anita, Felipe y otros. Pablo muestra un aspecto en el

que un padre se apropia de él, encerrándolo, unidos dentro del mismo útero-ómnibus-consultorio, arrasando con todo obstáculo externo en su camino, pero el niño tiene el grito de «Rrrooo» (Roberto) como recurso tercerizador, función de corte y sostén integrándose en él, que le permite llamarlo, a lo que el padre Ro responde, a la vez que sostiene. Roberto es quien más ejerce la función simbólica de limitar movimientos especulares engolfantes (función corte), haciendo también de continente (Bion) para los temores-deseos destructivos y alienantes. Algunas veces estas vivencias circulan, alternándose con Juan, como figuras internas. Pablo puede dejarse conducir por los deseos fusionales en los que el riesgo es perder posibilidades subjetivantes discriminadoras. Funciones de sostén y corte exceden la presencia corpórea y de género en esta tríada de varones en la que las funciones simbólicas parentales están presentes, pero se irán reordenando con tiempo de análisis.

No existimos si no es en la transmisión de lo que somos... para el Otro, para el otro, para nosotros mismos, subjetivándonos todo el tiempo en función de miradas supuestas de amor o desamor, amparo o desamparo, en uno u otros lugares con diferentes niveles de idealización o derrumbe, y el dolor concomitante al roce narcisista permanente. Como Edipos de nuestro mundo, «sabemos» que sin culpa la ley del deseo inconsciente no se inscribe (Freud, 1913/1993h). La forma de inscripción implica una necesaria reacomodación de las estructuras edípicas acorde a la época que vivimos, donde deseo y prohibición pueden ser pensados tanto antecediendo como precediendo al otro, según diferentes teorizaciones. Freud parte del deseo-prohibición-represión (Edipo), pero algo prohibido genera deseo también y, concomitantemente, culpa y castigo.

Para finalizar, es importante consignar que incursionamos en tres escenas que en sus inevitables implicancias epocales acompañaron nuestro pensamiento: la que trazó la mente de Sófocles, aun antes de inventarse el psicoanálisis, la que marcó la de Freud en los entornos de 1900 y la que compartimos con nuestros autores contemporáneos y nuestros consultantes, en estos tiempos, complejos, pujantes, a la búsqueda de transformaciones que implican siempre interrogar conjuntamente la clínica, la teoría y la cultura en sus diferentes niveles de transmisión y forzamientos civilizatorios ineludibles. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Benhaim, D. (2008). El complejo fraterno de R. Kâes. *Psicoanálisis e Intersubjetividad*, 4. <https://www.intersubjetividad.com.ar/el-complejo-fraterno-rene-kaes/>
- Bowra, C. M. (1950). *Historia de la literatura griega* (A. Reyes, trad.). Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1933).
- Busto, A. (abril-mayo de 2024). *Vicisitudes y sufrimiento en la construcción de parentalidades*. Ponencia presentada en la actividad de Cofap, Asociación Psicoanalítica Internacional.
- Calasso, R. (1994). *Las bodas de Cadmo y Harmonía*. Anagrama. (Trabajo original publicado en 1988).
- Civita, V. (1974). *Mitología*. Abril.
- Esquilo (1973). *Los siete contra Tebas*. Losada. (Obra de 467 a. C.).
- Freud, S. (1985). *Cartas a Wilhelm Fliess (1887- 1904)*. Amorrortu.
- Freud, S. (1988). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (trad.). *Obras completas* (vol. 21, pp. 57-140). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930 [1929]).
- Freud, S. (1993a). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En J. L. Etcheverry (trad.). *Obras completas* (vol. 19, pp. 259-276). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- Freud, S. (1993b). Cinco conferencias sobre psicoanálisis. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 11, pp. 3-52). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1910 [1909]).
- Freud, S. (1993c). El sepultamiento del complejo de Edipo. En J. L. Etcheverry (trad.). *Obras completas* (vol. 19, pp. 177-187). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924).
- Freud, S. (1993d). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.). *Obras completas* (vol. 4, pp. 17-343). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900 [1899]).
- Freud, S. (1993e). Lo ominoso. En J. L. Etcheverry (trad.). *Obras completas* (vol. 17, pp. 217-251). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919).
- Freud, S. (1993f). Sobre las teorías sexuales infantiles. En J. L. Etcheverry (trad.). *Obras completas* (vol. 9, pp. 183-202). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908).
- Freud, S. (1993g). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. En J. L. Etcheverry (trad.). *Obras completas* (vol. 11, pp. 155-168). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1910).
- Freud, S. (1993h). Tótem y tabú. En J. L. Etcheverry (trad.). *Obras completas* (vol. 13, pp. 7-163). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- Freud, S. (1995). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. En J. L. Etcheverry (trad.). *Obras completas* (vol. 12, pp. 217-231). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911).
- Freud, S. (1996). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 10, pp. 3-118). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909).
- Freud, S. (1998). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (trad.). *Obras completas* (vol. 7, pp. 123-224). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Gil, D. (2002). *¿Por qué me has abandonado?* Trilce.
- Gloser, L. (2015). *La diferencia sexual en debate*. Lugar.
- Kâes, R. (1995). El complejo fraterno: El trabajo psíquico en ocasión de la muerte de un hermano o una hermana. *Revista Asociación Argentina de Psicoterapia para Graduados*, 21.
- Kâes, R. (2009). La realidad psíquica del vínculo. *Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia*, 6(2).
- Kancyper, L. (1997). *La confrontación generacional: Estudio psicoanalítico*. Paidós.
- Lacan, J. (2013). La metáfora paterna. En J. Lacan, *El seminario de Jacques Lacan, libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1958).

- Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Anagrama.
- Ovidio (1998). *Metamorfosis*. (A. Ramírez de Verger, trad.). Alianza. (Obra de 8 d. C.).
- Recalcati, M. (2013). *El complejo de Telémaco*. Anagrama.
- Recalcati, M. (2020). *El secreto del hijo*. Anagrama.
- Recalcati, M. (2022). *Los tabúes del mundo*. Anagrama.
- Sloterdijk, P. (2007). *En el mundo interior del capital: Para una teoría filosófica de la globalización*. (I. Reguera, trad.). Siruela. (Trabajo original publicado en 2005).
- Sófocles (1971a). *Antígona*. Síntesis. (Obra de 441 a. C.).
- Sófocles (1971b). Edipo rey. En Sófocles, *Edipo tirano y Antígona*. Síntesis. (Obra de 429 a. C.).
- Sófocles (1981). *Edipo en Colono*. En Sófocles, *Las siete tragedias*. Ediasa. (Obra de 406 a. C.).